

dio día hasta media noche; otros, desde media noche hasta el medio del siguiente día. Y de este ayuno usaban estas gentes, asistiendo de noche en aquellos aposentillos, o celdas, y de día salían a sus oficios y cuidados. Y en el discurso de estos días no les era lícito tener acceso, aun con su propia mujer.

CAPÍTULO XVII. *Del templo de la diosa Juno en la provincia de Siria y de su aplicación en lo que era semejante al de Mexico; y de cómo ha sido costumbre antigua en los templos, jardines y lugares para animales y aves; y de cómo el demonio quiso imitar en este templo la forma del de Salomón en el Sancta Sanctorum*



ENTRE LOS TEMPLOS QUE MÁS SEÑALADOS fueron en el mundo, se cuenta el de la diosa Juno, en la provincia de Siria, del cual no acaba Luciano de referir grandezas, en el diálogo *Siria Dea*, en la ciudad que llama sacra, junto al río Éufrates, el cual va pintando de esta manera. Puesto que en esta provincia hubiese templos muchos y muy antiguos, ninguno, a lo menos mayor ni de más devoción que éste, ni la tierra más sagrada, porque había en él obras preciosas y dones antiguos y muchas cosas milagrosas y estatuas admirables de dioses que daban claras y manifestas señales de su excelencia; porque muchas veces sudaban sus imágenes y figuras y se movían sin tocarles ni llegar a ellas; y daban respuestas en sus oráculos y se oían clamores, muchas veces, estando las puertas del templo cerradas, y muchos y diversos hombres las han oído. Demás de lo dicho, estaba abastecido y lleno de grandes riquezas, las cuales dice el mismo Luciano que vido, ofrecidas de la gente de Arabia, de los fenicios, babilonios, ciberales, capadocios, asirios y otras muchas gentes y naciones. Vido también en los secretos lugares del templo muchas vestiduras ricas, mucho oro y plata, diputado y constituido para el servicio del templo y gastos de las grandes fiestas que en él se celebraban.

El sitio de este sumptuoso templo era el medio de la ciudad sacra; la cual, según cuenta Valerio Máximo,¹ era Edesa, adonde reinaba Agabaro, que escribió a Cristo nuestro redemptor una carta y mereció haber respuesta de ella. En el cual sitio había un collado o cerro en suficiente distancia, y en él un suelo muy grande, al cual se subía por muchos y bien labrados escalones. Todo el cerro estaba cercado de dos muros muy fuertes y bien obrados, y encima de este cerro y en medio de su suelo estaba sentado el dicho templo, cuya puerta principal miraba al oriente. Tenía delante de sí un rico portal y sus puertas de oro de grande riqueza y admiración. Por la parte interior estaba todo este templo cuajado de oro y tan encendido en color que parecía fuego que ardía. A todos los que querían entrar en

¹ Valer. lib. II. de Sect. Siriae.

él les ocurrían y sobrevenían a su entrada olores suavísimos de infinitas especies aromáticas. Y aun antes que los olores se acercasen y llegasen a las narices salía un frescor y aire suavísimo y muy deleitoso, el cual, después de haberse ido y apartado del dicho templo, los que en él habían entrado los seguía e iba tras ellos por gran espacio llevando pegada y asida de las ropas aquella fragancia y olores, y perpetuamente quedaba la memoria de los olores en los que una vez los habían olido.

Tenía este templo en lo interior y final de él un penetral que se dividía del cuerpo mayor, que era como la división del de Salomón, que se llamaba *Sancta Sanctorum*; y era cámara y retraimiento interior, el cual estaba sin puertas, patente, y descubierto a la vista, y dentro estaban dos estatuas de oro macizo; la una de Juno y la otra de Júpiter. La de la diosa Juno estaba formada sobre unos leones ricamente labrados, y la de Júpiter sobre ciertos toros. La figura que representaba a la diosa tenía un cetro en la una mano y en la otra un coladero o vaso, a manera de embudo, y encima de la cabeza unos rayos y una torre y la cinta de Venus, con que ligaba (según la ficción poética) los enamorados. Toda esta estatua estaba cercada y rodeada de oro y de muchas y muy ricas y preciosas piedras, unas blancas, otras de color de cielo y otras de otros colores. Entre las cuales había sardónicas, jacintos y esmeraldas que venían (según dice el mismo Luciano) a ofrecer los egipcios y los de la India, los etiopes y medos, armenios y babilonios. Y lo que más digno parece ser de memoria era una piedra que tenía en la cabeza, que llaman lidonis (que debe de ser la que ahora llamamos carbunco) de la cual salía tanto resplandor que de noche alumbraba todo el templo como si estuviera lleno de hachas encendidas, aunque entre día no era tanta, puesto que tenía especie o parecer de fuego. En medio de las dos estatuas dichas de Juno y Júpiter estaba otro simulacro e ídolo de oro, semejante a los dos, sobre cuya cabeza estaba sentada una paloma de lo mismo; por lo cual se sospechaba ser la figura de la reina Semíramis.

En este templo podían entrar todos sin diferencia, pero en el penetral o mansión interior no les era lícito, porque la tenían por su *Sancta Sanctorum*; y así les era lícito a solos los sacerdotes, aunque no a todos sino a aquellos que entre ellos eran tenidos y estimados por más religiosos y divinos; y al que tenía cuidado particular del gobierno y regimiento del templo, que debía de ser alguno que hacía las veces y oficio de sumo sacerdote. Había a la mano izquierda de su entrada un sitial y asiento real para el sol, aunque no había en él alguna semejanza suya; porque decían que las formas y figuras de todas las estatuas de los otros dioses debían obrarse, por razón de ser ellos invisibles; pero que la del sol no, pues todos la veían y era patente en todo el universo.

Después del solio o sitial del sol estaba la estatua de Apolo y las de Atlante, Mercurio y Lucina. Y fuera del templo estaba una ara o altar muy grande hecha de metal; y después de ellas innumerables figuras de reyes y sacerdotes. Hacia la mano izquierda de este templo y fuera de él estaba una estatua de la reina Semíramis, la mano derecha extendida señalando y mostrando con ella el templo, casi diciendo: no a mí, sino a la

diosa Juno habéis de reverenciar. La causa fue (según dice Luciano que lo oyó afirmar) que como esta altiva y arrogante reina hiciese una ley para que todos los de su reino de Siria la reverenciasen y venerasen, como a diosa y que no curasen de servir a ninguno de los otros dioses, ni a la misma diosa Juno, ellos así lo hicieron y obedecieron. Pero como de esta blasfemia se indignasen los dioses y enviasen sobre su reino muchas enfermedades y muertes y otros varios y diversos trabajos, tornó en sí la dicha reina, ya arrepentida de su soberbia y de la mal considerada ley hecha y pregonada, como quien despierta de una muy gran locura, reconociéndose por mortal e indigna de ser tenida por diosa, tornó a mandar por ley contraria a su gente, que no se convirtiesen a ella sino a Juno, y como a verdadera diosa la adorasen. Y por esta causa estaba aquella estatua fuera del templo, con la mano tendida, mostrando a los que a él venían no ser diosa, ni digna de esta reverencia, sino Juno, en cuyo nombre era edificado y a quien habían de honrar e invocar en él.

Tenía este magnífico templo una muy grande y espaciosa cerca, dentro de la cual pacían muchos bueyes, vacas y novillos consagrados a esta falsa y loca diosa; y muchos caballos, águilas, osos y leones, los cuales animales, con ser algunos de ellos bravos y furiosos, no hacían mal ni daño a ninguno de los hombres que al dicho templo venían; antes como muy mansos corderos pacían sus pastos sin ofenderles ni hacerles daño. Y por ser consagrados y dedicados a Juno, decían que era tan mansos.

Junto al templo había una laguna o lago sacro, en el cual se criaban muchos peces sacros y de diversas especies, muchos de los cuales eran muy grandes y crecidos y cada cual de éstos tenía su nombre, y llamándolos por él se venían a las manos. Y aunque hace esto mucha dificultad al crédito, porque no hay cosa menos capaz de semejantes actos que el pescado, por ser cosa tan poco comunicable y uno de los animales más apartados de los hombres, con todo eso es creíble no tanto porque es cosa natural cuanto porque el demonio, cuyo ídolo en aqueste templo se adoraba, hacía por astucia e invención suya que aquello pasase y sucediese para tener más engañados a los ciegos hombres que por dios le adoraban y honraban su casa. En cuya confirmación dice el mismo Luciano, que vido entre los peces del dicho lago uno que traía en una de las alas con que nadaba una joya de oro colgada, la cual es muy posible habérsela puesto en ella alguno de los hombres que allí fueron a hacer algún sacrificio, habiéndole sucedido haber llamado aquel peje y habérsele venido a las manos, y en confirmación del caso y para prueba de su verdad habérsela puesto.

Era este lugar muy hondo y, según la opinión más común, su hondura era doscientos pasos hasta el suelo profundo donde hacía fin el agua y había en medio de él una ara o altar de piedra, el cual visto de repente e improviso parecía andar nadando por el agua. Pero lo que a Luciano pareció, era que debía de estar sentada sobre alguna columna o mármol, cuya extremidad debía de nacer y principiar en el plan y suelo del dicho lago y subir hasta lo alto y superficie del agua, en cuya cabeza estaría sentado el dicho altar; el cual estaba de ordinario coronado de flores y guirnaldas y muy

cercado y rodeado de olores, por las perfumes y especies aromáticas que en el dicho altar siempre humeaban, las cuales ponían cada día muchos que por su devoción se iban nadando a este lugar y hacían en él este género de sacrificio o ofrenda.

Dos cosas parece que hacen dificultad en lo que se dice deste altar o ara: la una, mover su asiento de lugar tan hondo y estar fijo, y la otra, andar por el agua, estando fijo en la dicha coluna o mármol; a lo cual respondo con decir lo que yo he visto en esta tierra, en las fuentes que llaman de Nativitas, que es una ermita de nuestra señora, que está aun no media legua de la ciudad de Xuchimilco, que le cae a esta de Mexico cuatro leguas a la parte de mediodía, donde tiene origen y principio, según su mayor parte, la laguna dulce. En el cual lugar nacen dos o tres fuentes de muchas y muy claras aguas; y en la mayor y más honda está una cruz de piedra sentada en el suelo, y es tan linda y tan hermosa que da mucho contento su vista, la cual pusieron los antiguos padres, primeros fundadores de la fe en esta tierra. Y lo que más admira es que sin estar asida en ninguna parte del dicho manantial, se tiene y sustenta sin caerse. La cual no se divisa al natural y como ella es desde la orilla, aunque se ve; y para poderse bien ver, se ha de ver de cuasi encima de ella, que se hace fácilmente en una canoa (que son las barquillas con que se anda por esta laguna), y mirada con atención, parece que se mueve de una parte a otra, siendo la verdad que está fija en una; y lo que le hace parecer que varía sitios y lugares, son las mismas aguas, que como se ondean y mueven, varían con su movimiento los visos, y es mucha parte para este interior movimiento la mucha suma de pescado (que son como pejes grandes de los que suele haber en fuentes de señores en Castilla) que hay en la dicha fuente, los cuales con la moción ordinaria que hacen, atravesando de una parte a otra, parece que la hacen culebrear y hacer hondas como la misma agua las hace. Y lo que más hermosa a esta santa cruz son unos rayos y visos de que está cercada y rodeada, que parece el iris o arco del cielo cuando se le opone a las nubes queriendo llover, haciendo aquellos mismos colores; lo cual todo procede del agua y de los movimientos que hace. Y esto dicho no sólo yo lo he visto, pero muchísimos más y muchos de los señores y príncipes que han regido y gobernado esta tierra, los cuales han ido a las dichas fuentes, por ser lugar de mucha recreación, y los pueblos que tienen en su contorno de mucha gente y muy sembrados y rodeados de árboles frutales; y en tiempo de fruta y cuando los maíces y sementeras comienzan a nacer e ir creciendo, no es el sitio menos que paraíso, por la frescura, amenidad y hermosura que ofrecen y la mucha diversidad de flores con que el tiempo se viste y corona.

Con lo dicho se prueba que aquel movimiento del altar, que Luciano vido, no es natural, ni que tampoco le hace; y que si lo parece es porque las aguas se mueven con el aire que las rodean, y de su movimiento procede parecer que el dicho altar le hace. Y a que no se admita esta razón, digo que el demonio podía embelesar a los hombres de su culto y adoración para que les pareciese que se movía, para atraerlos más a su condenado pro-

pósito y detestable deseo; para que concebido por los mismos hombres que era Dios que hacía milagros, confesasen su poder. O puede creerse que con la sutileza de ingenio que tiene haría mover el sitio de manera que haga el efecto que decimos.

Por lo dicho en este capítulo del asiento de este hermoso templo en lugar tan eminente y alto, se conocerá cómo la gentilidad de los hombres, antiguos moradores del mundo, apartados de la verdadera adoración de Dios, engañados por el demonio, enemigo mortal de el género humano y codicioso de honra y gloria vana, levantaban sus templos y altares en lugares altos² para que fuesen más vistos y divisados y el demonio más frecuentemente invocado, con memoria de la continua vista de su infernal casa, haciendo levantarla semejantes lugares en medio de los pueblos. Lo cual como no pudo ser en esta ciudad de Mexico y otras sus convecinas, por estar sentadas en tierra llana, dio traza con sus moradores para que levantando los suelos tan altos, como ya hemos dicho, sentasen sus diabólicos altares sobre tanta alteza y cumbre de tierra y piedra, en cuya superficie y suelo alto asentaba el dicho templo y ara.

También parece haber sido costumbre antigua entre gentiles tener dentro de los cercados de los templos lugares particulares de florestas, jardines y recreaciones, de cuyas flores se aprovechaban para el ornato y aderezo de los templos, como parece por las que este templo tenía y campos donde se apacentaban ganados; de lo cual también usaron los indios nahuales de esta tierra, en especial entre los mexicanos, en cuyo templo mayor había muchos jardines llenos de flores y otras muchas yerbas y árboles coposos que les debían de servir a los dichos mexicanos de bosques, como a los antiguos gentiles los que hacían y sembraban a mano. Y había también otros lugares donde se criaban varias y diversas aves y animales consagrados al demonio que en el dicho templo se adoraba. Y parece muy semejante el asiento de este templo mexicano a este que Luciano refiere en la cercanía del agua, pues si el otro tenía laguna muy conjunta, la tiene éste tan cerca que por todas partes lo cercaba, y en su contorno y dentro de sus patios tantas fuentes y manantiales que le hacían de grandísima recreación.

También es digna de notar la división de este templo, porque hallamos que tiene penetral o cámara interior, como el de Salomón en Jerusalén, en el cual penetral o cámara no entraban sino los sacerdotes y no todos, sino alguno en particular. De donde se infiere claramente la envidia del demonio, pues viendo el orden del templo de Dios, quiso seguirle y aprovecharse de él como aquel que en todo lo que ha podido ha pretendido imitarle; pero podríasele fácilmente aplicar la significación de la estatua de Semíramis a la puerta de el templo; que así como por algún tiempo se fingió diosa, por la cual fue castigada y luego ella misma confesó y mostró con el dedo no serlo sino mortal, así el demonio se ha fingido dios, por permisión divina y pecados de los hombres por algún tiempo; pero luego se ha visto no serlo sino criatura finita e incapaz de tanta alteza y majestad como

² Tit. Liv. lib. 40. dac. 22.

la de Dios; y conocido por tal, él mismo está señalando con el dedo ser debida a Dios solo toda honra y gloria; en cuya significación muchas veces se ven pintadas en retablos a los pies de San Miguel figuras suyas y a los lados de otros santos, como en demostración de su vencimiento y a manera de confesión que hace; como quien dice: no a mí (aunque algún tiempo me he fingido dios y mi imagen ha sido como de dios adorada) sino a Dios, a quien siempre y en todo lugar se le debe gloria y honra.

CAPÍTULO XVIII. *De la muchedumbre de templos que hubo en esta Nueva España, y de cómo esta nación indiana se aventajó a todas las del mundo en el crecido y aventajado número de ellos*



UNQUE CON PARTICULAR CUIDADO he leído muchos autores antiguos, los cuales se han ocupado en henchir los vacíos de sus obras con alabanzas y sumptuosidades de templos edificados por la ciega y vana gentilidad, no hallo en ellos que su número fuese aventajado, y son tan contados que presumo ser pocos más de los que en este libro van referidos, por ser éstos de los de mayor cuenta y estimación que los otros. Y a esta causa ocurrir de muchas de las provincias apartadas de ellos con sus necesidades a impetrar gracias y favores en sus cuitas y necesidades; y por consiguiente manera ser muy celebrados por diversas provincias de gentes muchas y variadas, que a ellos ocurrían por las causas dichas, cuyos más cuidadosos y diligentes cultores de ídolos fueron los de Roma, Tebas, Menfis y Atenas, que fueron ciudades nombradísimas en el mundo y donde más floreció la adoración falsa de los mentirosos dioses. De manera que, se sabe que aun los que más se preciaron de mejores y más cuidadosos adoradores de ídolos, éstos aun no se preciaron de edificarles muchas casas y templos, contentándose con los pocos referidos. Y así digo que aunque fueron cuidadosos de su servicio, no muy diligentes en edificarles casas.

Esto dicho de los antiguos gentiles no se nota en los modernos desta Nueva España; porque además de ser cuidadosísimos del servicio de el demonio fueron aventajadísimos en hacerles y edificarles casas y templos, y en tan crecido y aventajado número, que pienso pasaron de cuarenta mil, entre chicos y grandes, y lo que con verdad se afirma, por quien lo vido, es que sola la ciudad de Cholulla tenía trescientos, siendo el uno de ellos comenzado y no acabado por la soberbia cepa con que le comenzaron,¹ como en otra parte se ha dicho; y en esta ciudad de Mexico y en la de Tetzcuco pasaban de esta cuenta y número y de increíble grandeza y de maravilloso artificio a su usanza, a cuya hechura y bondad de edificios correspondía una maravillosa y artificiosa curiosidad de pinturas que hacían toda la obra parecer de un muy sutil y delicado pincel.

¹ Tomo III. lib. 15.